

Precio 15 céntimos



LA SAETA

Ed. Susanna Bayle & Forno, 73

GALERÍA ARTÍSTICA

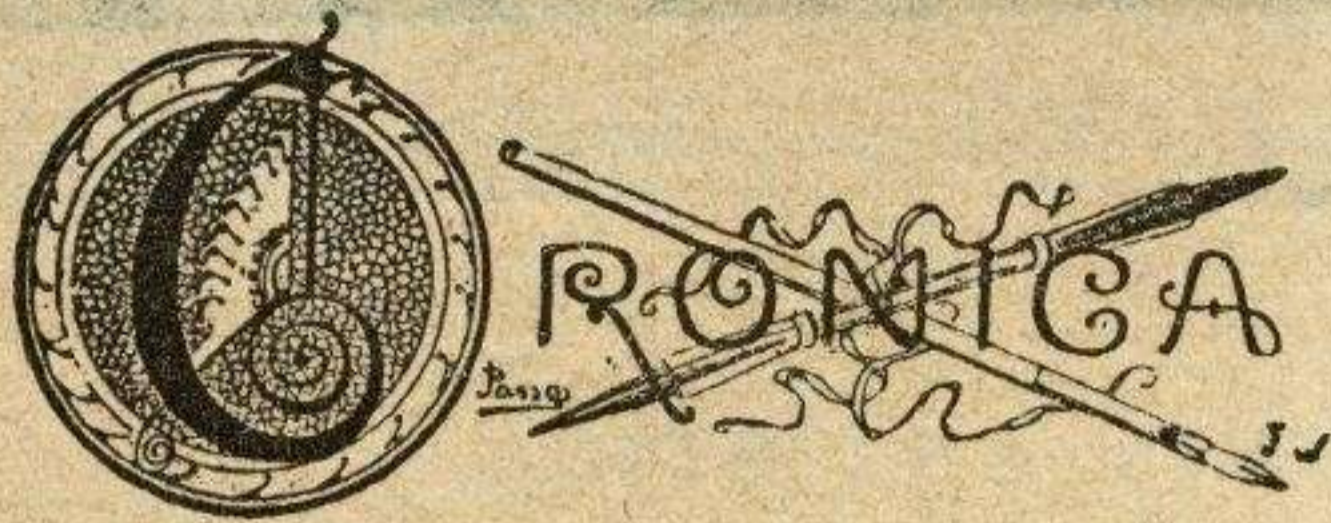


LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Hace cosa de treinta años que estoy oyendo decir que el Carnaval desaparece, que va á menos, que casi no tenemos Carnaval.

Es ya frase estereotipada de la que no se debe hacer ningún caso, porque ni el Carnaval va á menos ni ese es el camino.

Yo cada año le encuentro más vivo y más extraño.

Es cierto que ya no se ven aquellos trajes bonitos y de gusto, pero cada vez aumenta más la afición á vestirse sucia y estrafalariamente, y se ve que el Carnaval, no es que vaya á menos, sino que se acerca cada vez más á la gorrinería, al barro, á la hediondez.

Respetemos esta transformación, y retiremos de ella la vista con horror y el estómago con asco, que dijo el otro.

Sin embargo, en el último Carnaval hemos presenciado un hecho que se aparta de la sucia escoba, de la lata de petróleo y del guiñapo asqueroso con que se manifiestan ahora los Carnavales.

Un benemérito ciudadano emprendió la honrosa tarea de revindicar al burro y elevarle á una categoría hasta hoy desconocida.

Este sugeto apareció en la Rambla tirando de un carro.

Pero siendo esto poco para la idea que quería expresar, instaló un asno en el vehículo.

El manso y útil animal iba como un emperador en su carro, moviendo las orejas como si dijese: ¡Dios mio, qué brutos son algunos hombres!

Mientras tanto, el rey de la creación, muy ancho con su luminosa idea, respirando satisfacción por los ojos, atado á las varas, jadeaba arrastrando el carruaje simbólico.

Escusamos decir el éxito que tuvo aquel amigo de los animales.

No hubo improprio que no se le dirigiera; pero él como si tal cosa.

Y es fama que al retirarse á descansar por la noche, metió al borrico en la cama y él se fué á dormir tranquilamente á la cuadra.

Esto al menos es algo, y más ha hecho ese benemérito ciudadano que la sociedad protectora de animales, que se contenta simplemente con que no se maltrate á los borricos.

Ese ciudadano ha elevado á los asnos á gran altura.

Pero ¡lo que son las cosas! todavía había personas que decían que no era el primer burro que habían visto en carruaje.

Y para demostrarlo, citaban los nombres de varios caballeros muy conocidos en Barcelona.

¡Malas lenguas!

**

Los anarquistas continúan dando qué hablar.

En Berlín se han amotinado, han saqueado algunas tiendas y han recibido unas cuantas castañas de la distinguida policía.

El emperador miraba desde el balcón como su buen pueblo luchaba con los esbirros.

Esto edifica y conforta.

En Barcelona ha habido otra hornada de anarquistas, que han sido recibidos en el *chalet* de la calle de Amalia.

Casi todos son extranjeros, y según versiones de la apreciable policía, iban á dar el golpe el martes de Carnaval, como en el drama *La conspiración de Venecia*.

Pero no les dejaron.

La policía, esa sabia y divina institución, ha velado por nosotros, y á ella se debe no haber presenciado horrores de mayor cuantía.

¡Figúrense Vds. qué martes de Carnaval nos hubieran dado los anarquistas!

Ya me los figuro entrando por las Ramblas, sopapeando á los mascarones, rompiendo cristales, asustando á los chiquillos, haciendo parar la circulación de carruajes y gritando con aguardentosas voces ¡Mueran los burgueses!

De buena nos hemos librado.

Al menos nuestras autoridades no han sido sorprendidas como las de Jerez, y los siete monstruos, porque son siete, que debieron devorarnos, yacen ahora á la sombra esperando el terrible fallo de la justicia humana.

¡Brrr! ¡Déjenme Vds. estremecer por el peligro que hemos corrido!

Y agreguemos este servicio á los muchos que ha prestado la actual policía de Barcelona.

**

¡Ciruelas!

Esto no es una interjección; es un pueblo de la provincia de Guadalajara, provincia que tuvo la alta honra de contar al Sr. Nido como *gobernador superior*, que así firmaba los bandos.

En Ciruelas existe un juez municipal que se llama D. Fermín Perez.

Sin duda un timador que hay en las prisiones militares de Tarragona creyó que los habitantes de Ciruelas eran todos unos ciruelos, y escribió al citado juez diciéndole que si enviaba á Tarragona el importe de dos billetes de ferro-carril, irían dos señoras á llevarle un plan de unos terrenos donde había enterrados 33,000 duros, de los cuales le daría 11,000.

Don Fermín Perez ¡ingrato! sin hacer caso de ese fortunon que le entraba por las puertas, ha presentado la carta donde correspondía, y se están haciendo averiguaciones para dar con las dos señoras y con el distinguido enterrador.

Estos timadores se van volviendo memos.

¡Cuidado que querer dársela á un juez que ya debe saber de memoria el procedimiento del entierro!

Hasta en eso se nota que somos un país decadente.

El mejor día se escriben los enterradores entre ellos pretendiendo engañarse mutuamente.

**

Entre los asaltos dados días atrás se han olvidado los periódicos del llevado á efecto en casa de los señores de Morrongón.

Los asaltantes fueron numerosos, y se traían una gazuza atrasada que causaba espanto.

Entre ellos estaba la señorita de Chifoné vestida de coronel de cosacos; el joven Ruibarbo, de farol veneciano; la respetable marquesa de Alalimon, de india brava ó *buffala-bill*; las niñas de Lucas Gomez, de traperas sensibles é indecrosas; Fernandita Chupacín se traía una chaquetilla torera con golpes.... que le había dado su marido; el Sr. de Cerote venía vestido de ángulo saliente y su esposa de circunferencia desnivelada. No queremos citar á los demás convidados porque sería cosa de fusilarlos sin formación de causa.

La señora de Morrongón, que se había multiplicado el año pasado pariendo tres gemelos, se multiplicó también esa noche haciendo los honores de la casa con una delicadeza suma. ¡Lástima que, efecto de un constipado, se pasase casi toda la velada sonándose con los dedos!

El Sr. de Morrongón estuvo muy obsequioso con el bello sexo, y bailó un cancan tan desenfrenado con la señora de Lapizburro que cayó desconyuntado sobre una otomana, es decir, sobre una señora vestida de turca.

Al sonar la hora del *bufet*, aquell fué un desenfreno. Los trozos de bacalao desaparecían como por encanto; el vino de quince céntimos porron fué muy alabado. Las patatas cocidas y la ensalada de alubias tuvieron muchos partidarios.

Al amanecer, cuando los distinguidos asaltantes habían comido ya un costado á los señores de Morrongón, vino la policía y se los llevó á todos presos por anarquistas.

Salvo este ligero incidente, todos estuvieron encantados de tan agradable fiesta.

Sin embargo, los señores de Morrongón no han quedado todo lo satisfechos que debieran, y dicen que si se repite la función el año que viene, recibirán á los asaltantes con trabucos naranjeros.

ELIDAN

LOS EXTREMOS

Va de cuento, caballeros,
y, por si álguien le destripa,
sepan padres y tutores
que en la historia el cuento pica.

En esta tierra de España,
no sé si en ciudad ó villa,
un honrado matrimonio
tranquilamente vivía;

sin otras aspiraciones
que la muy santa y bendita
de encontrar hombres formales
para esposos de sus hijas

Eran éstas cuatro, y todas
de figura tan distinta,
que ni el más tonto al mirarlas
por hermanas las tendría.

La mayor de veinticuatro,
de diez y seis la más niña
no eran los años por cierto
lo que más las distinguía;

y hasta la edad se olvidaba,
si en tertulia ó en familia,
mostraban juntas las otras

diferencias enormísimas.

Era una, por su desgracia,
extremadamente linda
(que á veces en las mujeres
la hermosura es la desdicha);

y tan pura de facciones
y tan correcta de líneas,
tan atildada en sus formas
y en sus matices tan limpia,

que semejaba una de esas
preciosas fotografías
que en ricos escaparates
encanto son de la vista.

Reverso de la medalla,
la que en edad la seguía,
era un tanto peli-ruca
y unos cuantos ojo-bizea;

y su boca era tan grande,
que ir buscando parecía
un botón en cada oreja
con sus hojos de presilla;

si bien los aventadores
que por sus orejas lucía,
huyendo de tales burlas
á la nuca se corrían.

Nada de hermoso ni feo
se encuentra en la mayorcita,
si no es que, mayor en años,
se resiste á la medida;

y tan estrecha y tan corta
aún con faldas, moño y cintas,
que un escrúpulo parece
de burlona homeopatía,

y, en medio de las hermanas,
cualquiera la tomaría
por muñeca que conservan
desde la infancia vestida.

La menor es el contraste
que á pensar tal vez convida,
si, por subirse á mayores
como la goma se estira.

Aún empalmadas las otras,
más alto ella solo pica,
y no la excede el más grande
gastador de la milicia,

y eso que se encorva un tanto,
porque por su tal'a misma,
ante las puertas más altas
forzosamente se inclina.

Con tan extraños extremos
como Dios les dió por hijas,
los padres encuentran hombres,
más de *casacas*, *per istam*.

¿Habla alguno con la fea
por lo buena y modosita?
«Mas si me caso, —se dice—
me van á dar una silba.»

Obsequian ciento á la hermosa;
pero es tal la golosina,
que futuras competencias
á escamarse les obligan.

Se acerca aquel á la enana;
mas, ¿quién á tener aspira
por *media naranja* un rajo
de las que nacen en China?

MISCELÁNEA



—¿Está la señorita Matilde?
—Ya no vive aquí, pero es igual.



—Vengo á ver al barón de Raquitrum. Cuélgue me usted el sombrero.
—El barón de Raquitrum soy yo.
—Entonces cuélgue me V. á mí, porque vengo á pedirle cincuenta duros.



—¿Dónde ha pasado V. la noche, D. Alejandro?
—No lo quiera saber V., D.^a Ursula.



—¿Necesita V. un caballero solo, con asistencia ó sin ella?



—Aquí donde ustedes me ven, he comprado unas cubas.
—¿Se ha metido V. á agnador?



—Se acerca el Carnaval.
Me alegro; así me tomarán
por la Hacienda española.



—¿Quién te ha hecho esa capa?
—La he hecho yo.



—Cuando lo ha sido Concha Castañeda, ¿por qué no
lo he de ser yo también?

Llega el otro á la gigante;
mas al punto se retira,
porque avergüenza al más largo
mujer que tanto domina.

Y ahí tiene usted en aprietos
á un buen padre de familia,
á todas horas burladas
sus esperanzas legítimas.

El educó á las doncellas,
él para esposas las cría;
y aunque, con madre modelo,
ninguna de ellas se envicia,

como *de viciosos* todos
los extremos se acriminan,
alta y baja, hermosa y fea
ahí se están sin que las pidan.

Y así seguirán las cuatro
sin olor de Vicaría,
por muy fea, por muy guapa,
por muy grande y por muy chica.

E. BUSTILLO

EL MANIQUÍ

Era tal la belleza de Pepito, que sus papás lo tragaban á besos y el ama de cria, llena de entusiasmo, llegó hasta el punto de querérselo comer, entre ella y el novio, cabo segundo de coraceros.

Pepito creció, como crece el eucaliptus, con esplendidez y lozanía, y ensimismado en la contemplación de su propia belleza, llegaba á besar el espejo y echarse piropos.

Los papás de Pepito le miraban embelesados, cuando el muchacho estrenaba una prenda y se paseaba lleno de vanidad por la habitación diciendo orgullosamente:

—¡Olé por mí y viva mi gracia!

Por supuesto, Pepito no asistía á las aulas, ni se ocupaba en cosa alguna de provecho.

—¡Pero, doña Balbina!—le decían á su madre.—¿A qué van ustedes á dedicar al chico?

—¿Que á qué le vamos á dedicar?—contestaba ella.—Pues, á nada ¿No tenemos bastante, gracias á Dios, su padre y yo? ¡Hijo de mi corazón! La idea de que tuviese que trabajar para mantenerse me quita el sueño... ¡Un chico tan guapo! No es porque yo sea su madre; pero no hay en Barcelona quien le llegue á la suela del zapato.

En estas y las otras llegó la mayor edad de Pepito, que ejercía las siguientes profesiones: paseante de la Rambla, abonado al Liceo, individuo de todas las sociedades elegantes y galanteador de todas las mujeres bonitas.

—Señor don Laureano,—le dijo á su padre un amigo de confianza:—su hijo de usted es una caballera, mejorando lo presente.

—¿Cómo?

—Su hijo de usted no sirve para nada.

—Mi hijo es un buen muchacho.

—No lo dudo, pero jamás sabrá ganarse una peseta.

—¿Y qué? Nosotros tenemos lo bastante para él.

Pepito supo lo de la conferencia y quiso buscar al amigo y pedirle una satisfacción, pero la mamá le dijo:

—No, *morranguin* (este era el nombre que le daba siempre la autora de sus días). No, *morranguin*; no te metas con nadie, que te pueden dar una bofetada y descomponerte el semblante.

Los negocios de don Laureano comenzaron á tor-

cerse.

—Papita—dijo el hermoso joven á su padre.—Es preciso que yo gane un sueldo, porque no puedo renunciar á ciertos gastos indispersables. Si me condenaran á pasar un mes con el mismo pantalón y la misma corbata ¡créeme, papita! me tiraba por el balcón.

—Bueno, hijo mío, bueno. Hablaré á mi amigo don Silvestre, para que te dé una plaza en su escritorio.

Pepito entró en casa de don Silvestre, pero hacía unas letras que parecían rabos de pasa y ponía Girona con *hache* y cacao con dos qq.

Una tarde, el aburrido don Silvestre llamó al lindo joven y le dijo:

—Yo no puedo tenerle á usted aquí más tiempo. Me va usted á dispensar, pero es usted un melón.

—¡Un melón!—esclamó Pepe montando en cólera y queriendo ensartar á su principal con una plegadera de hueso.

Acudieron los demás dependientes de la casa, y si no quitan á Pepito de las manos de don Silvestre le despedaza allí mismo.

Cuando el joven llegó á su casa, don Laureano y doña Balbina salieron á su encuentro.

—¿Qué te pasa, morronguin?—le preguntó esta última al notar el aspecto abatido de Pepe.

—Me pasa que he sido despreciado: que don Silvestre acaba de despedirme, que...

Los papás se miraron atónitos.

—¿Es posible—dijo doña Balbina—que se cafre haya desconocido lo que tú vales, hijo de mi corazón?

—Lo ha desconocido todo, mamita.

—¡Bruto!—esclamó don Laureano aludiendo á su amigo don Silvestre.

Desde aquel día, Pepito siguió paseando sin interrupción las calles de la ciudad en clase de *guapo* indiscutible, pero de día en día experimentaba sensible decrecimiento el capital de su padre, y éste tuvo, por último, que escribir á un diputado á quien conocía desde la infancia para que le sacara una credencial para Pepito.

El gobierno le nombró oficial de Rentas Estancadas y Pepito acudió á la oficina radiante de felicidad y vestido con todo esmero.

—¿Qué sabe usted hacer?—le pregunta el jefe.

—Yo—contestó el joven—sé bailar el vals como una peonza; sé vestirme como un príncipe; sé amar, respetable señor.

—Pues nada de eso necesita el gobierno. A ver, ponga usted ahí lo que le ordene.

Pepito, ante la gravedad de la ortografía, se puso pálido. Después comenzó á escribir, y tales cosas puso y tantas faltas brotaron de su pluma, que el jefe se vió obligado á dirigir un oficio á la Dirección general, manifestando en pocas palabras que Pepito era más bruto que mandado hacer.

El diputado, entonces, escribió á don Laureano, diciéndole poco más ó menos lo siguiente:

«Tú has educado á tu hijo para hermoso, y no has pensado que antes debiste educarle para hombre. La belleza no da la felicidad. Dile á Pepito que es muy bruto y que se alivie.»

Pepito, al escuchar la lectura de esta carta, creyó perder la razón, suponiendo, en su orgullo, que él tenía eso. Después se echó en el surco, según costumbre, es decir, siguió paseando las calles y dirigiendo epístolas amorosas á las mujeres guapas.

Dos años después, doña Balbina entregaba el alma al Creador, no sin decir antes á su hijo:

—Adiós, hermoso.

Don Laureano falleció á los diez meses y también

dijo al muchacho:

—Te dejo bien poca cosa. El capital mio y el de tu madre ha sido invertido en provecho de tus encantos. No te d-jo nada. ¡Olé, salero!

Pepito lloró la pérdida de sus padres y de sus intereses, y se apresuró á gastar la última peseta en un cosmético para el bigote.

Recorrió despues las principales casas de comercio, en demanda de colocación; escribió á todos los amigos de su padre; buscó influencias para conseguir un destino; pero de todas partes era arrojado, despues de dar relevantes pruebas de su imbecilidad y torpeza.

Hace unos días se presentó en una tienda de ropas hechas; y dirigiéndose á un dependient, le hizo la siguiente pregunta:

—¿Me necesitan ustedes para algo?

—¿Para qué sirve usted?

—Para nada; pero creo que podrían ustedes darme una colocación...

—¿Cuál?

—La de maniquí.

LUIS TABOADA.

GALERÍA DE COMPRADORES

II.

LA VIUDA DE PEREZ

—Señora.....

—Muy buenas tardes.

¿Qué tal? ¿Cómo están ustedes?

—Muy bien ¿Y usted?

—Yo muy mal.

—¡Caramba! ¿Qué luto es ese?

—¡Pues una desgracia horrible!

—¿Cuál es?

—¡Que he perdido á Pepe!

—No se apure usted, señora.

Ya aparecerá si quiere.

—No es eso ¡si es que se ha muerto!

—¿Que se ha muerto?

—¡El otro jueves!

—¡Vaya por Dios!

—¡Pobrecito!

—¡Pobre Perez! ¡Pobre Perez!

¡Permítame usted que llore!

—¡Sí! ¡sí! Llore usted y siéntese.

—¡Era un esposo modelo!

—¡Era un hombre muy decente!

—¿Le conocía usted?

—¡Mucho!

Es decir, yo... fijamente...

no recuerdo... pero creo que le he visto algunas veces.

—Siempre venía conmigo á ver estos Almacenes.

Y aquí mismo me compró

hace cosa de dos meses,

una visita de raso

y un vestido azul celeste,

que según me han dicho todos

me estaba admirablemente;

pero ya ve usted, ahora

con el luto no se puede...

¡Qué lastima de vestido!

¡Está nuevo!

—Se comprende.

—¡Pobre Perez! Era el hombre más amable y complaciente...

¿No le recuerda usted? Era muy bajito, regordete,

algo cargado de espaldas, y hablaba así con la *ese*.

Era andaluz, de Sevilla;

en la calle de la Sierpe

tuvo un Bazar muy notable,

aun que no tanto como éste,

y en él en ocho ó diez años,

le ayudó tanto la suerte,

que hizo un fortunón tremendo,

un millón próximamente.....

¡Permítame usted que llore!

—L'ore u-ted, pero consuéllese.

Los duelos con pan son menos.

—¡Hijo, en el caso presente

el refran no habla conmigo,

porque ¡me he quedado *asperges*!

Pepe murió *abintestato*,

y eso que yo muchas veces

le decía: «Esposo mío,

es necesario que pienses

en que aquí somos mortales

los hombres y las mujeres»...

Pero, nada, no hizo caso...

Luego, desgraciadamente,

no hay ganancias, ni nada.

¡Todo! ¡todo era de Perez!

Un chiquillo que tuvimos

se nos murió en el destete,

y todo lo que hay en casa

se lo llevan los parientes...

¡Bien se lo dije á mi madre!

«Yo me casaré, si quieres...

A mí no me gusta mucho

el pa-ti-lo que me ofreces...

Yo soy pobre y él es rico,

es verdad, pero conviene

mamá, que Pepe me dote,

mamá, que me dote Pepe.»

¡Nada! No me hicieron caso.

¡Es natural que me queje!

—Tiene usted razón, señora.

¡Triste es lo que le sucede!

¿Y de qué ha muerto ese hombre?

—¿De qué? ¡Casi de repente!

De ese cólico tan triste

que llaman el *misercre*...

El pobre ¡que en gloria esté!

comia bárbaramente,

pero un día se excedió,

y sin que yo lo supiese

se tragó de una asentada

medio barril de escabeche,

y ¡es claro! á las pocas horas

reventó como un cohete...

¡Permítame usted que llore!

—Llore usted, mas no tan fuerte;

la gente nos mira, y ya

sabe usted lo que es la gente...

—Dice usted muy bien; hablemos

de otras cosas más alegres.

¿Qué vestidos tiene usted?

—Hay mil clases diferentes

—Yo lo quiero muy barato,

porque ya no paga Perez.

—Este liso de merino

de seguro le conviene.

—¿Cuesta mucho?

—¡Quiá! ¡Muy poco!

Ocho duros solamente.

—¿A ver? ¡Sí! No me disgusta.

Le ruego que me lo lleven

á casa. Aquí están las señas.



¿Qué será?

Cuadro de Stefano Bruzzi.

Escudillers, veintisiete.

—Está muy bien.

—Buenas tardes.

—¿Si quiere usted que le enseñe las capotas de crespon?

—Gracias, uso solamente el mantón. Segun me han dicho algunos me favorece.

Con que, abur, y hasta otro día; volveré por aquí el viérnes.

—Adios; y que usted se case.

—¿Cómo?

—¡Que usted se consuele!

—¡Ojalá! Como yo dé con alguno que me pete le juro á usted que no llevo el luto ni cuatro meses.

VITAL AZA

UNA AVENTURA DEL TIO JUANUCO

El tío Juanuco había sido marino. Ignoro si marino, contra maestre ó piloto.

Usaba un lenguaje bárbaro y pintoresco á la vez, y con el relato de sus aventuras marinas, sostenía largas horas pendientes de sus labios á los muchachos que íbamos al Instituto.

Su mayor gusto era estar rodeado de todos nosotros.

—Cuéntenos algo, tío Juanuco, le decíamos.

Y empezaba con frases por este estilo:

Cuando yo estuve en Livrepol... Una vez que juimos al Polo Norte á la pesca del bacalau... Cuando aquella tormenta que mus cojió en las islas de Changüí... etc. etc.

Cierto día que unos cuantos muchachos la habíamos corrido, es decir, habíamos hecho novillos, hallamos sentado en un banco del paseo al tío Juanuco. En seguila le rodeamos y le dijimos lo de siempre.

—Ande, cuéntenos algo.

Y el viejo, después de toser y sonarse, dijo:

—Pero no mabeis de acelerar y mabeis de dejar dir hasta el fin.

—¡Bueno! votamos todos por unanimidad.

—Pues, señor, el 1.º de Agosto del cuarenta y uno salimos de este puerto con lastre en la goleta *Generosa*. Mos juimos á Barcelona onde teníamos que cargar vino pa Valparaiso. Mandaba el barco Puchi, era piloto el tío Antonio y contra maestre Lidón.

—Y usted ¿qué era, tío Juanuco?

—Ya vos he dicho que no maceleréis... Hala, hala, hala, juimos costeando y allegamos á Barcelona. Tomemos el cargamento que estaba ya preparado, y hala, hala, hala, pasemos el estrecho de Gibraltar, y pronto mus hallemos con el cielo arriba y agua por todas partes.

La *Generosa* era muy velera y caminábamos hacia cerca de dos meses cáncia la Patagonia pa doblar el Cabo de Hornos, cuando mos cogió una tormenta.

Puchi, el capitán, me dijo: tío Juanuco, esto va malo; ¿cacemos? Yo le dije: arrecoger velas á toda priesa y achantarnos.

Así se hizo; pero, amigos, el viento levantaba olas como montañas, y uno de estos embites mos puso quilla arriba.

Yo magarré á un madero y hala, hala, hala, me puse á nadar cáncia la tierra que estaba cerca. En el camino encontré al contra maestre Lidón que se

estaba ajogando, le eché la amarra de mis deos é hice que también sagarrase al leño.

Nadando, nadando, agarrados á la madera mos iban faltando ya los jalientos, cuando una ola mos tiró á la playa. Allí quedamos sin sentido ni ná.

Cuando despertemos mos vimos arrodados de salvajes de los que comen personas.

—¡Qué miedo, tío Juanuco! interrumpí yo

—Vos repito que no maceleréis. Los salvajes mos llevaron á una cabaña y mos ataron á un poste. Al día siguiente jueron á buscar á Lidón, que estaba muy gordo, y se lo llevaron. ¿Aonde lo habrán escondido? me preguntaba yo al no guiparle por denguna parte. Despues supe que aquellos brutos se lo habían comido. Como yo estaba muy flaco me dejaron para cuando echase carnes. Me desataban durante el día y me daban á comer mucho arroz cocido. Me querían acebar como si juese un pavo...

Allí estaba hacía tres meses sin engordar poco ni mucho, cuando me vió la hija del rey de aquellos animales y se enamoró de mí.

—¡Hola, hola, tío Juanuco!

—Callarvo. Era aquella condenada más fea que Picio, y no tuve más remedio que apencar con ella so pena de manducatorum.

Me casé, y me echaron vivas aquellos cafres, y me hicieron el regalo de una pierna asada de un salvaje que había muerto de la viruela. Excuso decir que se me regolió el estógamo.

Juime á vivir con los reyes mis suegros y aquí escomenzó Cristo á padecer.

Yo no'aba que la parienta de la parienta, quiero decir la suegra, me miraba mucho, y me tocaba los brazos y la cara. ¡Si este peazo de betun sabrá tamien pirrado por Juanuco! me preguntaba yo cuando estaba solo.

Un día que me había dormido sobre una maca, me desperté con un gran dolor en el brazo y vi á mi suegra que se escapaba comiendo algo. Era que me había tirado un bocado, y la condenada se regalaba con un pedazo de carne de mi cuerpo. Corrí tras ella, le di de patadas, pero ni por esas escarmentó. A la noche tamien me sacó un cacho de la pierna. Entre mi suegro, mi mujer y yo la cojimos é hicimos los esjuezos del munlo pa quitárselo de la boca, pero ella se lo tragó de un bocado.

Desde estonces tuve que andar con ojos como platos para que la maldita suegra no rípitiese, así es que ni dormía ni sosegaba.

Un día que me descudí, volvió á tirarme otro bocado. En fin, que en menos de un año mabía alargado mas de treinta y ya había perdido yo mucha carne.

Esto no podía durar mucho.

Un día vi un buque fondeado cerca de tierra, me eché á nadar, llegué á bordo, conté mis desgracias al capitán, me trujo á Europa... y aquí me teneis.

—¿Todavía se conocen los mordiscos, tío Juanuco?

—¡Vaya! Y si no pasara tanta gente vos enseñaría las tricatrices!

—¡A que no, tío Juanuco! ¡A que no las enseña!

¡Y cómo los había de enseñar si no las tenía!

Porque he de advertir á mis lectores que el tío Juanuco era más *bolero* que el bailarín Guerrero, marido de la Petra Cámara.

DANIEL ORTIZ.

CHULAPERÍAS

Sesión de charlatanismo

—Buenas tardes, señá Antonia.

—Felices, señá Rosario.

—¿De dónde se viene?

—Pus

vengo del Colegio Hispano
de dejar allí á mi nieta.

—¿También cayó usted en el lazo?

—¡En el lazo! ¿Pus qué ocurre?

—Que allí se llevan los cuartos
de rositas, es decir,
que no hacen maldito el caso
de que las niñas aprendan,
pero se cuidan en cambio
en hacerlas de llorar
y en tratarlas á porrazos.

—Pus no dice eso la gente.

—¿Que no lo dice? ¡Carambo,
si está usted mal enterá!

Pregúntele usted al tío Tano
y él la contará cositas
de ese colegio que...

—¡Diablo!

Entonces me han engañao
como á una china.

—¡Está claro!.....

—Pero dígame usted ¿qué
le ha sucedido al tío Tano?

—Pus que llevó allí á su hija,
y porque un día jugando
el angel mío, tiró
un tintero, la dejaron
sin manducar en tó el día
y además sufrió un regaño
mayúsculo.

—¡Qué maldaz!

—Y no es esto lo más malo,
pus á un vejete que vive
en el piso sotabanco
del número diez y ocho
y que tié el pobre educando
en ese colegio á una
nieta de catorce años,
aun á pesar de que saben
que su agüelo la quié tanto
y que no le gusta que
la castiguen, sin reparo
de ninguna especie, el lunes,
después que se la pegaron,
fueron y se la metieron
en el cuarto oscuro.

—Vamos,

que con lo que usted me dice
tengo los niervos que salto
y lo que es mañana mismo
sin falta ninguna saco
á mi nieta. ¡Pus ni que
estuviesen entre esclavos!

—Pus hay más: una vecina
mía, que se está ganando
el pan mu honradamente
y que á fuerza de trabajos
metió allí á su Milagritos,
me estuvo anteayer contando
que el miércoles por la tarde
la pobrecita Milagros
que comió algo fuerte y
tenía el vientre algo malo,
fué á pedir permiso para...
Pus nada, se lo negaron
¡Qué había de suceder!
Fué la pobrecilla y ¡claro!
se desahogó como pudo.
Pus encima la plantaron

el gorro con las orejas
de borrico y un gran cuadro
con unas letras mu gordas
que decían «Por.....»

—¡Qué escándalo!

¡Cómo está este mundo

—¡Sí!

¡cómo está, señá Rosario!

VALENTÍN MOURO.

MONÓLOGO DE UN GABÁN

Ignoro por qué conducto, acaso por ninguno, ha
llegado á mi poder este curioso monólogo. Y como
le juzgo interesante, me apresuro á lanzarle á la luz
pública. Dice así:

«Yo soy un anacronismo andando; yo soy un po-
bre gabán de invierno, con ejercicio en Julio.

Mi dueño duerme la siesta; acaso sueña con nues-
tra separación próxima; y antes de que despierte
quiero dejarle consignadas estas humildes reflexio-
nes.

—¡Cuán cierto es que nada hay perdurable en
este mundo!— me he dicho mil veces para mis en-
tretelas.—Y hoy lo veo comprobado al romperse
aquellos lazos de dulce simpatía, producto de seis
años y once meses de íntimo contacto que me unían
con mi amigo y propietario.

Si la inclemente corrosión de los tiempos y las
rudas caricias del cepillo, comunicándome la *clari-
dad* y *sutilidad* de los cuerpos gloriosos, me impi-
dieron ponerle al abrigo de las crudezas del invier-
no; en cambio en estos días, convirtiéndome en
verdadera *máquina solar*, ese fuego invisible que
anda esparcido por la atmósfera, le he hecho regar
el suelo con el copioso sudor, no de su frente, sino
de todo su cuerpo.

En verdad yo era ya un estorbo para mi buen
dueño: en invierno porque no abrigo, en verano por-
que soy de invierno. Era, pues, indispensable mi re-
emplazo, y voy á ser sustituido.

En la vecina casa de empeños, eterno guardarropa
de mi señor, percha perpétua donde cuelgan sus
trajes y sus esperanzas multitud de desvalidos, le
aguarda con los brazos abiertos, quizás demasiado
abiertos, una ruín y ajada levita de verano.

Para rescatarla hacía falta dinero. ¡Dinero! ¿Y de
dónde sacarlo? ¿A quién pedirlo? ¡Problema pavo-
roso!

Mi compañero y propietario posee grandes teso-
ros, riquezas créseas, minas inagotables... en su po-
derosa y espléndida fantasía.

Es noble y honrado, tiene entendimiento clarísi-
mo, inspiración fogosa y fecunda..... pero no tiene
ropa de verano, ni dinero con que adquirirla, ni
amigos que se la presten.

¡Amigos! Título que se dan los hombres con la
misma facilidad con que se dan tabaco; combinación
de letras que anda por ahí de boca en boca, pero
pocas veces de corazón en corazón; frase halagüeña
que expresa un hermoso sentimiento, pero que rara
vez le representa lealmente.

¡Ah! la pobreza no tiene derecho ni siquiera á la
amistad. La pobreza es como una máquina neumá-
tica que crea el más aterrador vacío en torno de
cuantos profesan en su numerosa comunidad.



Esta niña preciosa
que así nos mira,
pertenece á la andante
chulapería.

LA SAETA

CABALLERO, SI LO SOIS!...



—Mira, dame el brazo y acompáñame, porque me sigue un caballero que parece un orangután.

—¿Y cuánto voy ganando?

—Dos pesetas, como un mozo de cordel.

¡Qué recuerdos traen estas consideraciones á mis solapas! Cuando mi amo estaba en fondos, cuando de casa del sastre pasé yo á cubrir sus hombros, y le hallé con el riñón bien cubierto, rodeábale á todas horas crecida cohorte de aduladores, á quienes sacaba de todos sus apuros; llazábanse sus amigos del alma, como si el alma estuviera en el bolsillo.

Se acabaron los fondos y los amigos se acabaron. Yo lo ví con mis propios ojales.

En aquellos días felices, tenía mi amigo hasta color político; hoy ya no tiene color ninguno; está como yo, descolorido. Entonces decían de él las gentes: «no tiene pelo de tonto»; hoy todos convienen en que es «hombre de poco pelo», tomando el continente por el contenido, porque no es él, sino yo el que está pelado. Altas personalidades le visitaban entonces; hoy tan solo le visitan la luz, el calor y el aire, y de vez en cuando el hambre, el casero y alguna que otra calamidad *ejudem furfuris*. Entonces vivía, en fin, en entresuelo, y hoy casi muere de miseria en una destartalada guardilla.

La sociedad tiene sin duda sus leyes de estética y dinámica, lo mismo que la naturaleza.

A medida que decrece en peso específico la fortuna del individuo, elévase éste sobre el nivel de la puerta de la calle. A la progresión descendente de millonario, rico, regularmente acomodado, atrasado y pobre, corresponde la progresión ascendente de piso principal, segundo, tercero, cuarto y sotabanco.

La posición social del hombre está, pues, en razón inversa de la altura de su vivienda.

El talento, por otra parte, suele ser como esos pajarillos que necesitan posarse sobre una eminencia, para poder desplegar el vuelo. Por eso mi antiguo poseedor, abandonado de todos, sin relaciones, sin influencias, sin una mano amiga y protectora que le ayude á remontarse á las esferas desde donde pueda descubrir á la faz del mundo los tesoros de su talento, convencido, en fin, de que había de conquistarse por sí mismo esas alturas, comenzó por instalarse en esta eminentísima atalaya.

Desde ella se discurre y filosofa mejor; desde ella se contempla serenamente la vertiginosa confusión en que allá abajo, muy bajo, se agita el mundo, el turbulento océano en que la sociedad se revuelve.

Esa sociedad sin conciencia, ó de conciencia de manga ancha, así como la mía; esa sociedad que rinde vasallaje á los hombres, aunque tengan vacío el cerebro, con tal que tengan bien repleto el bolsillo, y aunque tengan corazón de barro, con tal que palpiten debajo de un gabán nuevo y flamante.

Porque el gabán hace al hombre.

Pero ¡ay! mi propietario ya despierta; llegó el momento de la partida. Yo no quisiera abandonarle y sin embargo, le abandono por puro empeño.

Ya no le serviré de colcha y manta en el lecho, ni de cortina en la ventana. Ya no convertirá mi bolsillo interior en pupitre de sus cartas, periódicos, borradores, manuscritos, lapiz, tintero y pluma. Ya no sentiré tampoco penetrar en el fondo de mis bolsillos exteriores su nerviosa y seca mano en busca de tabaco revuelto con migas de pan, cerillas y otros géneros. Ya no borraré con legía la grana de mi cuello, ni afirmaré mis botones con hilo blanco teñido con tinta para mayor decoro.

¡Quién sabe si ya no volverá á verme ni por el forro!

Porque, ¡quién sabe si tras tantos sudores derramados á mi costa en lo que va de estío, llegará, falto de medios para reconquistarme, al invierno, y tendrá que vestir de verano!

Y yo pasaré entonces á la sala de ventas, y de allí como espíritu á una nueva encarnación, pasaré á cubrir otros hombros desventurados....

Fatal destino el mío, ¡ser siempre encubridor!

A la verdad, no hay como ser gabán para conocer á los hombres, y para conocer las perfidias del mundo como ser gabán venido á menos, y para sufrir las penas del purgatorio, como ser gabán de invierno... con ejercicio en Julio.

Porque el gabán de invierno es el traje de verano de la pobreza vergonzante.

Por eso, así como cuando veais por esas calles séres arrastrando fastuosos atavíos, os parece percibir un rumor que va diciendo ¡vanidad, soberbia!, así cuando veais por esos mundos un gabanejo de mi estampa sobre unos hombros alicaídos y mustios, podeis entender que va gritando ¡compasión, caridad!

Pero mi dueño se incorpora, se despereza, se levanta, me dirige una mirada melancólica, exhala un suspiro y exclama:

—«¡Bien vayas, gabán, si es que vas solo!»

Y aquí termina el escrito.

Ahora bien; si supieran leer todos los gabanes, ¿cuántos de estos dignos hijos de Sabadell y de Tarrasa que vemos por ahí á todas horas, no harían suyas estas líneas?

E.



DESDE MADRID

ESPAÑOL.—Por indisposición del distinguido actor Ricardo Calvo, se ha suspendido el anunciado estreno de *La herencia*. En su lugar se ha puesto, por primera vez en esta temporada, la comedia en tres actos, de Eusebio B'asco, *El Baile de la Condesa*, en la que hemos tenido el gusto de aplaudir á la señorita Calderón y á Donato Jimenez.

PRINCESA.—En breve se estrenará una comedia en tres actos, original de Ricardo de la Vega, cuyo título es *El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón*.

La compañía de María Tubau, pasará á América á fines de Marzo. Vico, según hemos oído, irá á Barcelona.

COMEDIA.—Está ensayando, la compañía que dirige Mario, la primera producción teatral del insigne novelista Gal'ós, que llevará por título *Realidad*.

APOLO.—El sainete estrenado con el título de *La casa encantada*, desencantó al público, siendo acogido con protestas. Sus autores, que han alcanzado muy buenos aplausos en otras ocasiones, han retirado *La casa de los carteles*.

MARTIN Y ZARZUELA.—Han abierto sus puertas estos teatros, el primero con una compañía dirigida por Bosch (otro Bosch...)

El primero no ha hecho, aún, nada notable, concretándose á poner en escena obras conocidas de nuestros lectores de Madrid y Barcelona.

En cuanto á la compañía infantil, hace las delicias del público, que premia con merecidos aplausos, los esfuerzos de aquellas criaturitas que se juran amor, cuando debían de estar en el regazo de sus madres.

TARTARIN.

MISCELANEA

—¿Has visto mi mujer? ¡Siempre se está quejando!
 —¿Y por qué?
 —Porque le quito el polvo á su vestido con una vara.
 —¡Vaya una rarez!
 —Pero debo advertirte que siempre que lo hago está mi mujer dentro del vestido.

—¡Qué bien hecho estaría el gorrión que llevaba en el sombrero deña Sempronia cuando un cazador la pegó un tiro en la cabeza!
 —¿Y no le enviaron á presidio?
 —No. Hubo la circunstancia atenuante de que el pájaro parecía que estaba hablando.

Un mozo allá en Getafe
 armó por un borrico *rifirrafe*;
 y otro de Miguelturra
 un *rifirrafe* armó por una burra.
 Siempre, á lo que discurro,
 se arma por una burra ó por un burro.

Los sordos y los ciegos.
 Es de notar que mientras los ciegos son de carácter jovial, los sordos son ordinariamente de genio taciturno.

Un ciego explicaba esta diferencia de un modo tan ingenioso como exacto:
 —Cuando se habla á un sordo, decía, se le recuerda su enfermedad. Cuando se le habla á un ciego, se le hace olvidar la suya.

Leimos hace tiempo en un periódico.
 «Ha sido nombrado secretario del Gobierno Civil de N... el *aventado* joven Don Fulano de Tal.»
 Los cajistas se habrían comido la sílaba *ja*, y de un *aventajado* joven habían hecho un *chisgarabís*.

—¿Me presta usted cinco duros?
 —Aquí no tengo.
 —¿Y en casa?
 (El demandado, muy fino:)
 —Todos buenos; muchas gracias.

En mitad de la Rambla se encuentran dos amigas.
 —¿En qué comercia ahora tu marido?—pregunta una á la otra.
 —En aire.
 —¿Pues qué hace?
 —Vende abanicos.

Pequeñeces

¿Qué escritor será el que no ha escrito ningún artículo contra el médico, los cuernos, la suegra, el *inglés* y el primo?

A un crítico conoci que nunca hizo una obra buena, y se pasaba la vida censurando obras ajenas.

EDUARDO GUILLAR.

En una fonda.
 —Pero mozo ¿no hay palillos?
 —No, señor.
 —¿Por qué?

El amo interviniendo.—Diré á V. caballero. Cuando abrí este restaurant, á todo el que me pedía palillos se los daba; pero luego comenzaron los abusos y decidí suprimirlos.

—¿Los abusos?
 —Sí, señor: ¿querrá V. creer que todo parroquiano á quien le dábamos un palillo, se lo llevaba en la boca?

ADVERTENCIA

La enfermedad que ha aquejado unos días á nuestro dibujante Sr. Ros, ha impedido que este número saliera tal cual habíamos pensado.

En el número próximo tendrán ocasión de poderlo apreciar nuestros lectores, pues volverá á encargarse de los dibujos dicho señor.



Quiviscumdem.—Esos no son cantares; son cantazos.
F. de P. Manresa.—Eso no es poesía ni Cristo que lo fundó.

J. F.—Nada sirve.

B. R. D.—Los versos no están mal, pero el tema es muy gastado.

E. C. Madrid—No sirve.

Cucufate. Madrid.—Lo insertaré.

P. S.—Es poquita cosa y descuidada.

Viva mi dueño. Madrid.—Veré de publicarlo.

Snop. A.—Irá.

Fruu Sec.—No me acaba de gustar todavía.

J. P. Madrid—Irá.

Gerónimo Xarrapeta.—Tres de los epigramas no van porque son de piratería, es decir, porque no son suyos. El otro tampoco porque es infernal.

Silos.—No recuerdo lo que me dice, pero debe estar en la imprenta. Lo que envía ahora no sirve.

A. L. A.—Flojillo.

Pepe Capullo, Sevilla.—Es sucio y mal oliente. Olor se escribe sin hache.

V. S. C. Requena.—Irá lo suyo. De lo de su compañero no respondo. Dígame V. que arregle la última seguidilla de lo que me había enviado anteriormente, pues no he publicado sus versos á causa del final.

Merlin. Valladolid.—Lo insertaré.

A. de V. Sevilla.—No vale.

F. de la E. Madrid.—Lo publicaré. Los dibujos han venido algo estropeados, se los envió al encargado de ellos y él dirá si pueden publicarse.

Otro. Viva mi dueño. Madrid.—Ni la décima ni lo Gajes sirven.

Mala sombra.—Huele mal. Todo eso pertenece al mal género.

Pre-romance.—No llega á la talla.

El Almeriense.—Lo mismo digo.

M. M.—Idem de lienzo.

Cienfuegos. Madrid.—Repito lo mismo.

¿Vale?—No.

Los gatos enamorados. Madrid.—No sirven.

M. G. B. Madrid—El artículo es flojillo.

Manuel Alcaraz. Alicante.—Remitido los números atrasados del presente año.

Manuel Gonzalez. Castellón.—Recibido la libranza de 15 pesetas.

Julían Antoñanzas Calahorra.—Recibido su libranza y sellos por valor de 3'27 pesetas.



—¿Tiene V. hai dos reales sueltos?
—Ni agarrador.

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.

Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 48 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo